

A veces prosa

Cartas de Lord Chesterfield a su hijo

Adolfo Castañón

Modales antes que maneras.

Oscar Wilde

I

Hace unas semanas, el escritor José de la Colina evocó una anécdota sobre el Che Guevara que le había tocado presenciar en la Cuba revolucionaria:

Y, anteriormente, en el verano de 1963 y en La Habana, en un flamante restaurante de mariscos que poco después sería la heladería Coppelía, los argentinos Mario Trejo, poeta y *glob-trotter*, Laura Yusén, bailarina y poeta, y María y yo, matrimonio mexicano de economista-arquera y escritor, comemos ruedas de atún (un raro lujo entonces en Cuba, donde, si algo se podía masticar, casi nada se podía comer y mucho menos paladear). Al establecimiento recién inaugurado llegan los comandantes Ernesto Guevara y Raúl y Fidel Castro. Rodeados de miradas y respetuosos cuchicheos, se sientan en una mesa cercana a nosotros, comen y discuten acerca de la calidad revolucionaria de una película checa o la partida de béisbol que habrán jugado en Alamar. Cuando Guevara, desdénando la servilleta de papel, se limpia los labios con la manga del uniforme (un gesto tal vez adquirido durante la guerrilla en Sierra Maestra), Laura, bella y fina bonaerense bien educada a quien acaso avergüenza ese ordinario gesto en un compatriota, le susurra a Trejo:

—Y... ¡pero mirá a Guevara, qué modales!
—Y bueno, che, Laurita, perdoná —contrasusurra Mario—, pero tenés que saber que un revolucionario lo es en todo, hasta en los modales después de los “alimentos terrestres”, que diría André Gide.¹

¹ *Milenio*, domingo 31 de agosto de 2008.

¿El comandante habría olvidado la lectura de algún manual de urbanidad, como, por ejemplo, el del venezolano Manuel Carreño, autor conocidísimo del *Manual de urbanidad y buenas maneras* (1853), leído por varias generaciones y asiduamente citado por Carlos Monsiváis como una suerte de catecismo? No fue ése el caso de otro ilustre guerrero, el libertador Simón Bolívar quien, entre otras cosas, recomendaba a su sobrino Fernando la lectura de las *Cartas a su hijo* de Lord Chesterfield, en un texto escrito en “El pueblo de la Magdalena, cerca de Lima”, fechado en 1825:

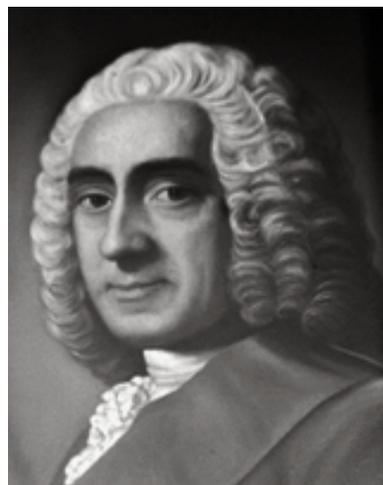
MÉTODO PARA LA EDUCACIÓN DE UN JOVEN
SEGÚN BOLÍVAR

[Los sucesos inmensos que se verificaron en el sur de Colombia y en el Perú y Bolivia, en los años que transcurrieron hasta 1825, ocuparon completamente toda la atención de Bolívar; mas, en el primer momento de reposo, pensó en su sobrino, hijo de su hermano Juan Vicente, a quien amaba con ternura, y escribió enviando desde la Magdalena cerca de Lima, las Instrucciones para el maestro a quien Alderson hubiera confiado la educación de su sobrino Fernando, en los Estados de la Unión Americana. Felipe Larrazábal].

Dice así:

La educación de los niños debe ser siempre adecuada a su edad, inclinaciones, genio y temperamento.

Teniendo ahora mi sobrino más de doce años, deberá aplicársele a aprender los idiomas modernos, sin descuidar el suyo. Los idiomas muertos deben estudiarse después de poseer los vivos.



Lord Chesterfield

La geografía y cosmografía debe ser de los primeros conocimientos que haya de adquirir un joven.

La historia, a semejanza de los idiomas, debe principiarse a aprender por la contemporánea, para ir remontando por grados hasta llegar a los tiempos oscuros de la fábula.

Jamás es demasiado temprano para el conocimiento de las ciencias exactas, porque ellas nos enseñan el análisis en todo, pasando de lo conocido a lo desconocido, y por ese medio aprendemos a pensar y a raciocinar con lógica.

Mas debe tenerse presente la capacidad del alumno para el cálculo, pues no todos son igualmente aptos para las matemáticas.

Generalmente todos pueden aprender la geometría y comprenderla; pero no sucede lo mismo con el álgebra y el cálculo integral y diferencial.

La memoria demasiado pronta, siempre es una facultad brillante, pero redundante en detrimento de la comprensión; así es que al niño que demuestra demasiada facilidad

para retener sus lecciones de memoria, deberá enseñársele aquellas cosas, que lo obliguen a meditar, como resolver problemas y poner ecuaciones; viceversa, a los lentos de retentiva, deberá enseñárseles de memoria y a recitar las composiciones escogidas de los grandes poetas; tanto la memoria como el cálculo están sujetos a fortalecerse por el ejercicio.

La memoria debe ejercitarse cuando sea posible pero jamás fatigarla hasta debilitarla.

La estadística es un estudio necesario en los tiempos que atravesamos, y deseo que la aprenda mi sobrino.

Con preferencia se le instruirá en la mecánica y ciencia del ingeniero civil, pero no contra su voluntad, si no tiene inclinación a esos estudios.

La música no es preciso que la aprenda, sino en el caso que tenga pasión por ese arte; pero sí debe poseer aunque sea rudimentos del dibujo lineal, de la astronomía, química y botánica, profundizando más o menos en esas ciencias según su inclinación o gusto por algunas de ellas.

La enseñanza de las buenas costumbres o hábitos sociales es tan esencial como la instrucción; por eso debe tenerse especial cuidado en que aprenda en las cartas de Lord Chesterfield a su hijo, los principios y modales de un caballero.

La moral, en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que ningún maestro puede descuidar.

El derecho romano, como base de la legislación universal, debe estudiarlo.

Siendo muy difícil precisar dónde termina el arte y principia la ciencia, si su inclinación lo decide a aprender algún arte u oficio, yo lo celebraré, pues abundan entre nosotros médicos y abogados, pero nos faltan buenos mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita, para adelantar en prosperidad y bienestar.

El baile, que es la poesía del movimiento, y que da gracia y soltura a la persona, a la

vez es un ejercicio higiénico en climas templados, deberá practicarlo si es de su gusto.

Sobre todo, recomiendo a usted inspirarle el gusto por la sociedad culta donde el bello sexo ejerce su benéfico influjo; y ese respeto a los hombres de edad, saber y posición social, que hace a la juventud encantadora, asociándola a las esperanzas del porvenir.

Pueblo de la Magdalena, cerca de Lima, año de 1825, Bolívar.

[Páginas preliminares a *Cartas completas de Lord Chesterfield a su hijo Stanhope*, traducción de Luis Maneiro, editorial Diana, México, 1949, pp. xvii-xviii].

II

Las cartas de Lord Chesterfield a su hijo fueron, a lo largo de todo el siglo XIX y aun parte del XX, un referente ineludible en Europa y las naciones sucursalizadas por ésta. Sólo así se explica que el mismísimo libertador Simón Bolívar las recuerde en el texto arriba citado cuyo tema es precisamente la educación, entendida en el sentido más amplio.

La carta de Bolívar se encuentra en las páginas preliminares a la edición mexicana de las *Cartas completas de Lord Chesterfield a su hijo Stanhope* que hizo en 1949 la editorial Diana en una versión directa y esmerada del cónsul mexicano, Luis Maneiro, hermano de Manuel, a mediados del siglo XIX. Traductor y diplomático, Luis Maneiro nació en la Ciudad de México en 1825; murió aquí en 1873. Estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, sin llegar a recibirse. Si vivió al país como cónsul en Barcelona y El Havre, puerto desde donde firma la carta fechada el 3 de agosto de 1843 en la que le envía a su hermano Manuel, entonces cónsul de México en Burdeos, su admirable traducción. Antonio López de Santa Anna acababa de retomar el poder de manos de Nicolás Bravo. Más tarde, en la intervención tripartita (Francia, Inglaterra

y España) de 1861 y 1862, Luis Maneiro escribió varios artículos en los principales periódicos de Madrid, París, Bruselas y Londres: defendió siempre la posición de México.

III

La algarabía que anima y calienta a los medios de comunicación tiene en el tema de la educación uno de los panales que mantiene zumbando a su alrededor al avispero. El de la educación es uno de esos temas para los que se sienten autorizados a opinar el pobre y el rico, el Arlequín y el Polichinela, aunque no sepan a ciencia cierta qué decir ni a quién. El de la educación es un espacio, una arena donde se cruzan las guardias y vanguardias de todo género y color, sobre todo en un país todavía conmovido por los ritmos peristálticos del corporativismo.

La publicación de un libro clásico, como las *Cartas a su hijo* escritas por Lord Chesterfield (1694-1773) y publicadas póstumamente en 1774, un año después de su muerte, invita a reconsiderar bajo una perspectiva histórica el tema, toda vez que la palabra educación —para citar a nuestro querido maestro Juan José Arreola— no se limita al aprendizaje de destrezas ni a la memorización, sino que pasa por un proceso prolongado de auto-control y gobierno de sí mismo, como la mismísima etimología de la palabra docente implica y como analiza el sociólogo alemán Norbert Elías en su libro clásico *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (1977) cuyo asunto gravita precisamente en torno a los breviaros de urbanidad como *El cortesano* de Baldasare Castiglione.

Lord Chesterfield, cortesano ingenioso, algo mordaz, a veces superficial fue, como padre, un tutor amoroso, un preceptor perseverante y un vigilante discreto pero —reconozcámoslo— algo entrometido. ¿A quién le hubiese gustado estar en el pellejo del

Lord Chesterfield, cortesano ingenioso, algo mordaz, a veces superficial fue, como padre, un tutor amoroso, un preceptor perseverante y un vigilante discreto.



Simón Bolívar

joven Stanhope? Ése podría ser el tema de una novela.

Las *Cartas a su hijo* de Lord Chesterfield representan un momento singular en la historia de la educación y la urbanidad.

Lord Chesterfield era un hombre práctico, gozaba de cierta fama de libertino. Este lado práctico de Chesterfield era una vertiente cortesana, un saber andar y nadar en el mundo, un ejercicio consciente del “roce social” y de la convivencia que iba desde la experiencia en el deporte (la equitación, el esgrima), los modales en un salón, la administración de la riqueza, el conocimiento de los actores clásicos en griego, latín, inglés, italiano, francés y alemán, el trato con los iguales, con los inferiores y superiores, el comercio erótico, las formas de la conversación y del silencio, la escritura de cartas, la forma de hablar según los públicos, de vestir, de asear... Los cuidados y solicitudes que tiene Lord Chesterfield hacia su hijo a veces parecen más los de una madre que los de un padre... Pero es sobre todo en el gobierno y desarrollo de la conversación donde el preceptor Chesterfield logra cristalizar en las *Cartas a su hijo* un breviario de cortesía, de urbanidad y de buenas maneras cuya lectura era amena, divertida y formativa, y que hoy nos sugiere un paisaje en ruinas donde la idea misma de educación es antipática y el alumno aplicado es calificado despectivamente de...

Por anacrónico que pudiese parecer su tema, el manual de urbanidad sigue informando la práctica civil y política. Pongo tres

ejemplos: el conocido libro de la usamericana Amy Vanderbilt *Complete Book of Etiquette* (1952), (anti) *Manual de la gente bien* (1996)² de Guadalupe Loaeza (híbrido de crónica neo-costumbrista burlesca y alfabetización satírica) y una obra que algunos diplomáticos tienen debajo de la almohada: *Diplomacia contemporánea. Teoría y práctica para el ejercicio profesional* (1997) del dominicano Manuel Morales Lama,³ donde hay varias páginas sobre “normas protocolares y de etiqueta social”. No olvido que la educación, el idioma gestual y la convivencia gastronómica de los mexicanos han sido explayados, además, por don Luis González y González en *Modales de la cultura nacional*.⁴

iv

José Guilherme Merquior, el ensayista, filósofo y diplomático brasileño, en alguno de los recodos de su deslumbrante conversación, me citó de memoria en perfecto inglés algunos pasajes de las *Cartas* de Lord Chesterfield, alguna vez en una cena allá por 1988, a propósito de las buenas maneras y para subrayar, con las anécdotas recitadas en otro idioma, la grosería cometida a la mesa por uno de los invitados al tomar los cubiertos del vecino.

v

Invitamos al lector a contrastar un mismo pasaje en las tres versiones, la original inglesa, la española de México en el siglo XIX y la flamante editada en Barcelona:

LETTER CCXXIX

My dear friend: I should not deserve that appellation in return from you, if I did not freely and explicitly inform you of every corrigible defect which I may either hear

² Guadalupe Loaeza, *Manual de la gente bien*, dos volúmenes, presentación de Guillermo Tovar y de Teresa, primera edición, Editorial Plaza y Janés, Barcelona, España, 1996.

³ Manuel Morales Lama, *Diplomacia contemporánea. Teoría y práctica para el ejercicio profesional*, Fundación Antonio M. Lama, Santo Domingo, República Dominicana, 1997, 530 pp.

⁴ Luis González y González, *Modales de la cultura nacional. Obras completas de Luis González y González*, tomo XIV, Clío, México, 1998, 225 pp.

of, suspect, or at any time discover in you. Those who, in the common course of the world, will call themselves your friends; or whom, according to the common notions of friendship, you may possibly think such, will never tell you of your faults, still less of your weaknesses.

[*Letters written by the Earl of Chesterfield to his son*, J. B. Lippincott Company, Philadelphia, 1886, 609 pp].

La versión mexicana dice:

Londres, 9 de julio de 1750

Mi querido amigo:

No merecería yo que me retribuyeses este título, si no te dijese franca y explícitamente tus defectos corregibles de que hubiere yo oído hablar o que pudiese sospechar o descubrir en ti. Aquéllos que en el curso ordinario del mundo se llamaren amigos tuyos, o que tú pudieses considerar como tales según las nociones que generalmente se tienen de la amistad, nunca te dirán tus defectos, y mucho menos tus debilidades...

[*Cartas completas de Lord Chesterfield a su hijo Stanhope*, traducción de Luis Maneiro, Editorial Diana, México, 1949, 942 pp., p. 385].

La versión española asienta:

CARTA CCXVII

Londres, 9 de julio, v.s., de 1750

Mi querido amigo:

No merecería ser llamado por ti con este apelativo si dejara de señalarte libre y claramente cualquier defecto susceptible de ser corregido que he tenido ocasión de oír respecto a ti, o bien de sospechar o de descubrir en algún momento. Quienes en el curso normal de la vida se dirán tus amigos, o aquellos que quizá tú mismo puedas considerar como tales según el concepto corriente de amistad, no te hablarán nunca de tus defectos, y mucho menos de tus debilidades.

[Lord Chesterfield, *Cartas a su hijo Stanhope*, edición de Marc Fumaroli, traducción de José Ramón Monreal, Editorial Acantilado, Barcelona, 2006, 349 pp., p. 91-92]. [U]